

LA DECLARACIÓN DE PANAMÁ

(Anverso y reverso de una conducta)*

Mario Briceño-Iragorry

*O; it is excellent
To have a giant's
strength; but is tyrannous
To use it like a giant.*

Shakespeare, Measure for measure, 11,2

... Tres siglos duró la Colonia y tres siglos duró la escena, cuyos personajes recibieron de la propia España los coturnos que les dieron dimensiones de gigantes en el cuadro de la Historia Universal. Cuando los Padres de la independencia defendieron la libertad y la autonomía, no fueron contra España, sino contra una España que se había amañado con el absolutismo, y de la cual difirieron los americanos desde el momento en que los abuelos antiguos olvidaron el camino del regreso a la Madre Patria. Lejos de ir contra España como hontanar de nuestra cultura, la salvaron en su destino novicontinental. Los Padres de la Patria hispanoamericana defendieron el sentido de la España que en estos mares había logrado la democrática fusión de los pueblos indo-afro-hispánicos, condenados, sin remedio, al coloniaje político de ingleses o de angloamericanos, si no hubieran conquistado para ellos los signos de la República. La propia guerra de independencia no fue, pues, sino una batalla ganada por el viejo hispanismo contra las fuerzas extrañas que empujaban el velamen de los antiguos piratas...

Este juicio lo formulé el año 1951, en el ensayo "Sentido del humanismo americano". En realidad, encierra una síntesis tardía, a la que no era posible que llegasen los propios hombres que realizaron la hazaña de nuestra independencia. Subyacía, apenas, en su conciencia de patriotas y de políticos la certidumbre de que la obra por ellos cumplida tenía para la perdurabilidad un punto de apoyo definitivo en la tradición, en la historia y en la cultura que daban unidad a las dislocadas porciones del vasto imperio español. Esta intuición afloró en la Junta Patriótica de Caracas, apresurada a invitar, en abril de 1810, a los ayuntamientos de la América española, para una acción uniforme que mantuviese en pie los nexos fraguados durante la gestión colonial. Ese sentido de unidad estuvo presente, también, en la obra extraordinaria de Miranda. Si se ahonda en el tiempo, podría decirse que el hito más antiguo en la anfictionía de lo hispanoamericano, fue sembrado en París, el 22 de diciembre de 1797, cuando en el saloncito del número 22 de la rue Saint Honoré, se reunieron los agentes de América que fueron a discutir con el desafortunado visionario los planes para la libertad del mundo de las Indias. Si se cava aún más en el subsuelo histórico, las raíces del diálogo de la América nueva se hallarían en las voces antiguas de los aventureros que a orillas del Guadalquivir o frente al encrespado

océano, esperaban en Sevilla o en Cádiz o en Palos de Moguer las naves audaces que los transportaban, para nueva siembra de Historia, al suelo de la América virgen.

Bolívar comprendió el valor unitivo de lo hispanoamericano, con precisión que salta sobre la disyuntiva del discurso bélico. Enfrentado a España y para luchar contra el absolutismo de la Santa Alianza, buscó de fortalecer los viejos nexos que unían a los ya dispersos pueblos hispanoamericanos. El iba contra el gobierno de Fernando VII, mas, con sus actos estaba salvando el porvenir americano de lo hispánico. Como los grandes creadores, obraba movido por fuerzas que él mismo desconocía. Luchaba Bolívar contra una forma de obrar de España, empero salvaba el destino histórico de la cultura que los hombres de España habían creado durante tres siglos en su vasto imperio colombino. El valor profundo de esta obra salvadora de lo hispánico ha costado tiempo y discurso para ser entendido tanto en América como en la Península. Allí, nuestros políticos tiñeron todo el proceso colonizador con los colores sangrientos de la lucha entablada por la discordia entre las formas transitorias del Estado metropolitano, que quería perpetuarse, y las colonias que buscaban categoría de Estado. No atinaban a calar, ni es posible pedir que lo hubieran hecho, lo permanente de la substancia popular y cultural que se empujó para optar las nuevas formas. Acá, en cambio duró la nostalgia por las “colonias perdidas”, hasta tanto espíritus avispadados comprendieron que nuestra independencia había sido la culminación natural de un proceso de crecimiento y de expansión de pueblos cuyo futuro constituiría la máxima honra del solar hispano. Cuando Alfonso XIII declaró a Simón Bolívar gloria extraordinaria de la raza española, expresó un concepto de donde deriva una serie de juicios de valor acerca del verdadero sentido de nuestra independencia. El monarca escuchaba en Bolívar, como

escuchaba Unamuno, la vibración perenne y triunfal de una voz enraizada en la garganta poderosa de los abuelos hispanos.

Este concepto dinámico, que ve en el proceso emancipador de la América española un esfuerzo de salvación de la cultura hispánica, lo ha expresado con certeza y oportunidad el excelentísimo señor embajador de España en Washington, don José María de Areilza, en la vísperas de la reciente reunión en Panamá de los jefes de los gobiernos de América. “Nuestra historia, dijo el ilustre diplomático, es, a pesar de las apariencias, una e indivisible, y no puede entenderse la América sin España, ni España sin América”.¹

Con el fin de juntar a los responsables del poder en el Nuevo Mundo, se escogió recientemente como ocasión favorable del centésimo trigésimo aniversario del Congreso convocado por Bolívar para echar las bases de una federación que robusteciera los vínculos preexistentes entre los pueblos separados del árbol materno y que defendiera las nuevas estructuras de los riesgos de la reconquista. Como ya he dicho, en lo de fuera la acción iba contra las formas políticas de España, mas, la proyección final del esfuerzo bélico apuntaba a la conservación del ser cultural de un grupo de naciones, cuya unidad no aposentaba en los valores aborígenes, sino en el sello uniforme impreso por el español al mestizaje que juntó la sangre peninsular con la sangre del indio, enantes señor de América, y con la sangre del africano, trasladado como carga de dolor por los inhumanos esclavistas. El mestizaje americano tenía, sobre el sentido de autoctonía creado por el tiempo, las razas y el suelo, un marchamo de donde derivaba su continua dimensión social. Ese marchamo estaba escrito con tinta española, del mismo modo como

¹ “Commemoración del Congreso de Panamá, 1826-1956”. Palabras pronunciadas por el embajador de España, don José María de Areilza, en la comida celebrada el día 22 de junio de 1956 en la Embajada de España en Washington.

colores ingleses definían a las comunidades del Norte. Cuando Bolívar buscaba el enlace confederativo de las nuevas repúblicas alzadas sobre los cuadros de los virreinos, presidencias y capitanías generales que habían integrado la España ultramarina, no hacía sino copiar para el área hispánica del continente americano la realidad político-económica de los Estados Unidos del Norte. Frente a éstos, quiso que hubiera, también, los Estados Unidos del Sur. Desgraciadamente, lejos de unirse, nuestras imprevisoras naciones se empeñan en ahondar fútiles diferencias.

El propósito que movió la convocatoria del Congreso de Panamá se redujo a este cuadro de unidad regional. Empero, en el pensamiento de Bolívar las ideas no tenían carácter rígido. Bolívar no era hombre concentrado en sólo un propósito. El periplo de su pensamiento no respetaba horizonte. Como el Quijote, Bolívar se nutría en la posada de los sueños. Sobre Venezuela miró a Colombia, sobre Colombia vio la Confederación de pueblos hispanoamericanos, sobre ésta vislumbró una anficiónía ecuménica. Tal vez no escalonó el proceso en una forma didáctica, pero ahí están sus cartas y sus discursos para hacer el examen de cada etapa. La superposición de estos procesos federativos, ha permitido, por error o mala fe, que se haya presentado a su Congreso de 1826 como la génesis del panamericanismo creado en 1889 por iniciativa de Washington.

Bastante tinta se ha invertido en probar cómo Bolívar no puede ser tomado de modo específico por patrono del sistema panamericano hoy vigente en nuestro mundo. Desde un punto de vista genérico, Bolívar sí está a la cabeza de los grandes promotores de ligas de pueblos; en cambio, no puede imputársele responsabilidad alguna en la mecánica que enlaza en torno a Washington a los países del Nuevo Mundo. “Por desgracia –escribió Rufino Blanco Fombona- no es la América de Bolívar la que los convoca (a los

congresos panamericanos), sino la América de Washington quien impone su hegemonía. Los pueblos que ayer se mostraron celosos de que la América nuestra obedeciera a un congreso internacional nuestro, son los que primero concurren a ponerse bajo la hegemonía de otra América, adversa a nuestra civilización, a nuestra independencia, al derecho que tenemos de cumplir nuestro destino y contribuir a la civilización universal”.

Sin mirar a la realidad de Bolívar, en el campo de la actual política panamericana se ha tomado de pretexto un nuevo aniversario del Congreso de 1826 para reunir en Panamá, no ya a los meros representantes diplomáticos de los países americanos, sino a los distintos y disímiles gobernantes del Nuevo Mundo.

Antes de realizarse la reunión, se habló de que en ella se produciría una nueva declaración anticomunista, que ampliase la llamada “Declaración de Caracas”. “The New York Times” lo dijo así en columna editorial. No era extraño esperarlo, puesto que en nuestros países americanos el anticomunismo ha servido de Cruz para esconder al Diablo. Ante la responsabilidad que representa la defensa abierta del totalitarismo, se ha recorrido al fácil expediente de precaver “el mundo libre” del riesgo comunista. ¿Acaso es libre el mundo que se enmarca en aquellos países de América donde, para usar palabras del diputado antifascista Améndola, apenas tiene libertad el crimen? Justamente en el esquema gráfico que publicó el mentado diario neoyorquino, el 22 de julio último, al catalogar los países latinoamericanos desde el punto de vista de sus sistemas de gobierno, aparecen diez sometidos a regímenes dictatoriales, mientras en otros la democracia sufre “sería inestabilidad”. Esta circunstancia lamentable promovió un movimiento de repulsa ante la idea de juntar en torno a una misma mesa a magistrados de la prestancia cívica, digamos por caso, de un Adolfo Ruiz Cortines o de un José María

Velasco Ibarra, con engreídos déspotas que manifiestan orgullo en perseguir con saña mortal a los ciudadanos que defienden los derechos del pueblo. Se habló con justeza de que reunir bajo la égida de Bolívar a los opresores de América para tratar del porvenir de la democracia en nuestros países, constituía una burla y un destrozo más del pensamiento y la memoria del grande hombre. No se veía, en realidad, otra salida para areópago de tan desuniforme conciencia cívica, que el manoseado recurso de hacer una nueva declaración de solidaridad para luchar contra el comunismo. Así lo esperaba la escéptica atención de América.

Urge, es cierto, defender cada vez más a nuestro continente de los peligros del comunismo ateo. Precisa, con mayor y más insistente reclamo, erigir murallas que defiendan el destino de nuestra cultura cristiana. Mas, contra todo lo que digan los pseudogonfaloneros del anticomunismo, es necesario recordar lo que don Sturzo escribía cuando buscó destruir la falsa tesis que enfrentaba el flamante fascismo al comunismo como salida de salvación. “El comunismo, decía el gran dirigente cristiano, es un fenómeno de economía atrasada. Allí donde las diferentes clases sociales han adquirido su propia personalidad y donde el Estado contemporáneo es un organismo político acumulador de importantes fuerzas de resistencia, el bolchevismo no puede instalarse”.²

² La ineficacia del ataque policiaco contra el comunismo la puso en evidencia el hecho de existir hoy en Italia el más poderoso Partido Comunista de la Europa Occidental; mientras tanto, en Francia decae su fuerza y en Inglaterra sus empeños se ven contenidos por la eficacia de una amplia política social; de otra parte, así Inglaterra y Francia insistan en sus propósitos colonialistas, jamás se han desviado de la línea de conducta interior que hace de cada inglés y de cada francés un ciudadano defendido por el Estado, mientras en Estados Unidos el comunismo encuentra la oposición de un sistema que se empeña en difundir el capital entre los distintos grupos económicos y al cual sirven grandes empresas, adelantadas a curarse el riesgo constituido por los oligopodios gigantistas, de natural vocación imperialista. Lamentablemente esta orientación alumbrada de justicia

En nuestra América Latina puede, en cambio, prosperar una forma de comunismo económico, como reacción defensiva de clases que se ven oprimidas por el capital y por la injusticia del Estado; también, en el área superior de la cultura, puede extenderse la filosofía marxista como solución desesperada para una serie de problemas relacionados con el menosprecio en que es tenida la dignidad de la criatura humana. Si se viera a buenas luces el problema de la lucha contra el comunismo, debería comenzarse por atacar las fuentes de los hechos citados. De un lado, levantar el nivel económico de las clases atrasadas; del otro, elevar la moral cívica de los pueblos. Democratizar el capital y asegurar la libertad de los ciudadanos.

Hasta hoy, en los países latinoamericanos de signo antidemocrático, la lucha anticomunista ha mirado a sólo los resortes policiacos y a la catalogación arbitraria entre el cuadro de los comunistas, de toda persona que acuse ideas de justicia social y repudie la conducta de los entreguistas de la soberanía nacional. Un juego falaz ha hecho que los movimientos de auténtico nacionalismo hayan sido motejados de comunismo. Por otra parte, el fenómeno de pueblos clamorosos de justicia económica se ha opuesto frecuentemente el rechazo de la fuerza. Las reivindicaciones de los obreros fabriles, mineros o agrarios han sido repelidas por la fuerza o el fusil. Las manifestaciones populares, encaminadas a hacer efectivos los derechos cívicos del hombre latinoamericano, suelen tener por respuesta la cárcel, las bombas

social, no empecé para que en el campo de fuera, Estados Unidos se conduzca como una versión nueva del viejo sistema que buscó fuerza en las distantes colonias, por donde resulta notoriamente contradictorio su proclamado anticolonialismo, cuando en último análisis el gran país del Norte ha creado un tipo de penetración neocolonialista, que se lava las manos en la ancha, cómoda y gozosa palangana de Pilatos, puesto que, sin aparentemente intervenir en los sistemas políticos, explota a los países menores, de cuyo destino cívico no se preocupa por nada.

lacrimógenas, el destierro y los disparos de la gendarmería. Pese a lo contradictorio del convite, la junta de Panamá ha tenido un resultado que niega el valor de estos procedimientos. Los gobernantes reunidos en el istmo han firmado una extraña declaración, si bien a última hora en parte traslucida mientras se discutía su fórmula en el seno de la Organización de Estados Americanos, apenas hecha pública en su integridad, cuando se la dio por solemnemente aprobada.

Quienes teníamos barruntos de la fórmula, escrupulosamente debatida, tanto en las Cancillerías del Nuevo Mundo como en la citada Organización, fuimos, sin embargo, sorprendidos de la amplitud y paradójica altura de sus términos. Al valor de su contenido, de aspecto más normativo que doctrinario, se agregan las palabras en que el Presidente Eisenhower hace suya la plenitud de la doctrina cristiana sobre la dignidad del hombre y en que invita a mancomunar las fuerzas de los pueblos americanos para convertir el átomo, que amenaza de ruina la propia vida de la tierra, en instrumento de paz y de abundancia, abundancia y paz que, en un terreno lógico, son los vínculos mejores para unir el Continente y los mejores instrumentos para prevenirle a cualquier riesgo de agresión forastera.

“Los presidentes de las Repúblicas americanas – reza el texto de la ya célebre declaración-, para conmemorar la Asamblea de ministros plenipotenciarios de los Estados americanos, convocada en el año 1826 por el Libertador Simón Bolívar, la cual marcó la primera manifestación colectiva del panamericanismo, y reconociendo la validez de los ideales que animaron a los precursores de la unidad americana, se hacen solidarios de la siguiente declaración:

1. El destino de toda América es lograr el desarrollo de una civilización que convierta en una realidad efectiva del concepto de la libertad

humana; el principio de que el Estado existe para servir y no para dominar al individuo; el deseo de que la humanidad consiga un mayor nivel de evolución espiritual y material, y el postulado de que todos los países pueden vivir en paz y con dignidad.

2. El cumplimiento del destino de América es inseparable del desarrollo económico y social de sus pueblos, y por tal motivo se hace necesaria la intensificación de los esfuerzos nacionales y de la cooperación interamericana, para resolver los problemas económicos y mejorar los niveles de vida en el Continente.

3. El éxito de la Organización de los Estados Americanos, que constituye una garantía de paz entre sus Estados miembros y de seguridad para el Continente, demuestra también hasta qué punto es posible la cooperación leal entre países soberanos en los diversos aspectos de la vida internacional, y nos inspira a reforzar los organismos interamericanos y sus actividades.

4. En un mundo en el que la dignidad del individuo, sus derechos fundamentales y los valores espirituales de la humanidad se hallan gravemente amenazados por las fuerzas totalitarias, ajenas a la tradición de nuestros pueblos y sus instituciones, América mantiene el supremo objetivo de su historia: ser baluarte de la libertad del individuo y de la independencia de las naciones.

5. América, unida, fuerte y generosa, desea no sólo fomentar el bienestar del Continente, sino ayudar a conseguir para el mundo los beneficios de una paz basada en la justicia y la libertad, que permitirá a todos los pueblos, sin distinción de razas o creencias, trabajar con dignidad y fe en el futuro”.

¿Adónde apunta esta singular declaración de amor a la libertad y de respeto a la dignidad humana, que han firmado junto con el Presidente

Eisenhower y demás jefes legítimos de gobierno, los tiranos que oprimen a millones de ciudadanos en América Latina? ¿Han firmado éstos la sentencia de muerte de sus propios regímenes o Eisenhower y los otros Presidentes democráticos han suscrito un vergonzoso capítulo más de la comedia enderezada a fingir la defensa de una libertad y de una dignidad desconocidas por sesenta millones de ciudadanos?...

El tiempo hablará con hechos, mejor que los juicios precipitados. No se hizo Roma en un día. Ya este mes de la libertad se cierra con una dictadura menos en América. Así como en el Perú las aguas, ayer encrespadas, han vuelto a su viejo nivel republicano, es justo esperar también que los otros países de América, sometidos a despotismo, recobren la perdida dignidad cívica.³

Solamente cuando se implanten gobiernos populares en todo nuestro Continente tendrá consistencia y dará fruto el diálogo entre la América Latina y la América inglesa. Comprenderán entonces los dirigentes de la gran potencia occidental que nuestro calumniado y burlado nacionalismo no es empeño de repudio del hombre del Norte, sino mera defensa frente a métodos que menosprecian nuestra calidad de depositarios y de agentes de una cultura, cuyos gérmenes fermentaron en Salamanca, en Coimbra y en París. Sabrán, también, nuestros poderosos vecinos que la deseada unidad del Continente americano no puede apoyarse sobre la voluntad de capataces en turno de gobierno, sino sobre la permanente voluntad que legítimamente expresen los pueblos por medio del sistema electoral que hace a las repúblicas. Sabrá, también, Estados Unidos, como primera potencia del grupo de Occidente, que mientras su política prohíje a los dictadores que niegan la libertad a casi la mitad de las naciones de

³ Hoy felizmente el número de países sometidos a dictaduras, es apenas de cinco. (Nota de 1958)

Latinoamérica, no tendrá autoridad moral para alzar la voz en defensa de los pueblos oprimidos tras la cortina de hierro.

Un examen profundo de su papel decisivo en el conjunto americano, llevaría a los dirigentes estadounidenses a buscar los medios de salvar al pueblo de Washigton, de Jefferson, de Lincoln y de Roosevelt, de la responsabilidad de usar en forma tiránica su gigantesco poder económico y su desmesurada autoridad en los cuadros de la política del Nuevo Mundo. Contra ese poder en mala forma impuesto, tendrá permanentemente enfrentada la conciencia de una América que sólo aspira al respeto a que tiene legítimo derecho en el plano ordinario de la dignidad de las naciones. Los tiempos son propicios para abrir posibilidades a estas fecundas rectificaciones. La declaración de Panamá implica un compromiso de grave resonancia en la política de la hora. No es posible mirarla – según pretenden algunos- como mero punto electoral que los dirigentes republicanos agregarían a la plataforma que será ofrecida a la consideración del pueblo americano en los próximos comicios, ya que la devoción a la libertad y a la dignidad republicana ha hecho que organizaciones, personalidades, periódicos y grupos culturales del gran país del Norte, manifiesten su alarma ante el apoyo que el Departamento de Estado ofrece a los tiranos de nuestra burlada y traicionada América. Los días dirán si la declaración de Panamá habrá de medirse por la dimensión del anverso o del reverso de la conducta de los hombres responsables que avalan en nombre de la libertad las promesas estampadas en ella.

Madrid, 31 de julio de 1956.

*Briceño-Iragorry, M. (1991) *Obras Completas*. Volumen 15. Ediciones del Congreso de la República. Caracas – Venezuela. (págs. 317-326)